

Isabel Morant

“Mujeres e historia. La construcción de una historiografía”

p. 25-54

Mujeres en la Nueva España

Alberto Baena Zapatero y Estela Roselló Soberón
(coordinación)

México

Universidad Nacional Autónoma de México
Instituto de Investigaciones Históricas

2016

280 p.

Ilustraciones y cuadros

(Serie Historia Novohispana, 99)

ISBN 978-607-02-8746-6

Formato: PDF

Publicado en línea: 8 de mayo de 2017

Disponible en:

http://www.historicas.unam.mx/publicaciones/publicadigital/libros/mujeres/nueva_espana.html



INSTITUTO
DE INVESTIGACIONES
HISTÓRICAS

DR © 2017, Universidad Nacional Autónoma de México-Instituto de Investigaciones Históricas. Se autoriza la reproducción sin fines lucrativos, siempre y cuando no se mutile o altere; se debe citar la fuente completa y su dirección electrónica. De otra forma, se requiere permiso previo por escrito de la institución. Dirección: Circuito Mtro. Mario de la Cueva s/n, Ciudad Universitaria, Coyoacán, 04510. Ciudad de México

MUJERES E HISTORIA

LA CONSTRUCCIÓN DE UNA HISTORIOGRAFÍA 1968-2010

ISABEL MORANT
Universidad de Valencia¹

Introducción

He dudado mucho antes de escribir un libro sobre la mujer. Es un tema irritante, sobre todo para las mujeres, y no es ninguna novedad. La polémica del feminismo ha hecho correr tinta suficiente, y ahora está prácticamente cerrada: punto en boca. Y sin embargo, seguimos hablando de ello. Y no parece que las voluminosas tonterías proferidas durante este último siglo hayan arrojado ninguna luz sobre el problema. Además, ¿hay un problema? ¿Cuál es?

Simone de Beauvoir, *El segundo sexo*

La publicación de *El segundo sexo* de Simone de Beauvoir, en 1949, puso de relieve un problema que según la propia autora parecía olvidado. Así manifiesta sus dudas respecto de la cuestión que pretende abordar. De las mujeres —escribe— se ha hablado mucho, pero después de tanta polémica se ha impuesto un silencio clamoroso. En la mente de los filósofos las cosas parecían perfectamente ordenadas: las mujeres eran diferentes de los hombres y sus vidas se ajustaban a la condición y a las capacidades que eran naturales en el sexo femenino. Así, pues, ¿existe realmente un problema?, ¿cuál es?

El problema para Beauvoir era la consideración de las mujeres como un “segundo sexo”, en relación con los hombres, cuyas cualidades y valores se consideraban superiores. La autora acude a Poulain de la Barre

¹ Este artículo forma parte del Proyecto de Investigación HAR2011-26129: El proceso civilizador y la cuestión de los individuos. Normas, prácticas y subjetividades (siglos XVII-XIX).

para poner de relieve la sospecha respecto de las teorías que defienden la desigualdad de los sexos. Este clérigo cartesiano había escrito ya en el siglo XVII un tratado titulado *De l'égalité des deux sexes* para mostrar el pre-juzicio, mayoritario en su época, de los que sostenían que los hombres y las mujeres no eran iguales. Coincide con el filósofo cuando dice:

Todo lo que han escrito los hombres sobre las mujeres es digno de sospecha, porque son a un tiempo juez y parte [...]. Los que hicieron y compilaron las leyes eran hombres, por lo que favorecieron a su sexo, y los jurisconsultos convirtieron las leyes en principios, dice también Poulain de la Barre. Legisladores, sacerdotes, filósofos, escritores, sabios, se afanaron en demostrar que la condición subordinada de la mujer era grata al cielo y provechosa en la tierra.²

En sus reflexiones sobre las mujeres, Beauvoir se enfrenta a la herencia del pasado, representada por la obra de Rousseau, en cuya obra *Emilio* se dice que “El macho es macho solo en ciertos momentos, la hembra es hembra toda la vida o, al menos, mientras es joven”. Esta interpretación de la biología servirá de base para la construcción de un potente discurso cultural sobre la diferencia de los sexos, en el cual, por otro lado, se apoyarían las políticas de diferenciación y segregación sexual que habían comenzado a aplicarse desde finales del siglo XVIII. Con gran aceptación social. Como explica Geneviève Fraisse, el régimen político surgido de la revolución en Francia llevaba la marca de los hombres de espíritu roussonianos que hicieron las leyes de la democracia: la segregación educativa en la escuela pública, la diferenciación de los derechos y deberes ciudadanos, la democracia exclusiva de los hombres y el gobierno de la familia que correspondería a las mujeres.³

Beauvoir no niega la causa de la biología, admite que en los orígenes de la humanidad las mujeres debieron estar constreñidas por el peso de la maternidad que las habría alejado de los trabajos más duros que realizaban los hombres, pero observa también los impedimentos culturales y políticos que históricamente habrían puesto trabas al progreso social de éstas. Su idea de que “una mujer no nace sino que se hace” abriría la puerta a otro modo de pensar la historia, sin las trabas de las explicaciones que redundaban en la repetición de los determi-

² Simone de Beauvoir, *Le deuxième sexe*, 2 v., París, Gallimard, 1949, p. 56.

³ Geneviève Fraisse, *Musa de la razón. La democracia excluyente y la diferencia de los sexos*, trad. de Alicia H. Puleo, Madrid, Cátedra, 1991.

nismos producidos por la naturaleza, el cuerpo biológico o la voluntad de la razón práctica. En defensa de su argumento aduce los cambios producidos en las formas de vida femeninas: la progresiva incorporación al mundo del trabajo, la mayor educación que habría propiciado la entrada de algunas en las instituciones del saber y la mayor presencia femenina en los mismos espacios sociales y políticos de los hombres, incluso en las guerras y revoluciones. Beauvoir espera que la igualdad se acelere de manera significativa en el presente, gracias a los avances de la ciencia que permite a las mujeres controlar la maternidad, trabajar y tener ingresos propios y alcanzar mayores cuotas de autonomía económica, libertad e influencia social.

El segundo sexo, publicado en 1949, en general fue muy mal acogido. Intelectuales, políticos y creadores de opinión se apresuraron a censurarlo desde distintos ángulos: unos se aferraron a los argumentos tradicionales de la inmutable y perfecta Naturaleza; otros, con más sutileza, defendieron que era razonable y necesario que las mujeres se ocuparan en asegurar el buen orden y la felicidad de la sociedad y de las familias.

Pero más allá de las razones mejor o peor expuestas, este tipo de escritos ponen de relieve una violencia inesperada, incluso para la propia autora, que se queja del tono de las críticas que se dirigen no tanto al contenido del libro como a su persona. Algunos pudieron deducir entonces que la obra reflejaba el malestar de Beauvoir, una filósofa reconocida pero cuya vida no podía ser feliz; amante de un filósofo conocido, no se había casado, no había tenido hijos y su sexualidad era más que dudosa. Alguno se atrevió a comentar entonces que después de leer el libro de Beauvoir sabía todo lo que había que saber sobre la vagina de la autora. Estos textos, publicados de nuevo con motivo de cumplirse los cincuenta años de la edición de esta obra, ponen de relieve la interesada confusión que se cernía sobre determinados temas relacionados con las identidades, los sentimientos y la sexualidad, que muchos preferirían que no salieran del ámbito de lo privado. Quizás por eso, el libro tuvo también una gran acogida entre el público y las mujeres mostraron su satisfacción porque se sacara a la luz pública su malestar.⁴

Pero ni los filósofos ni los historiadores se sintieron interpelados entonces por la obra de Beauvoir. No parecían incómodos, ni por el silencio ni por el tratamiento que sus disciplinas daban a la cuestión

⁴ Ingrid Galster (dir.), *Simone de Beauvoir. Le deuxième sexe. Le livre fondateur du féminisme moderne en situation*, París, Honoré Champion, 2004.

de las mujeres. Todavía en los años setenta era clamorosa la falta de estudios críticos y la inexistencia de un vocabulario que sirviera para pensar la diferencia entre los sexos. Tampoco los historiadores daban importancia a la “invisibilidad” de las mujeres en sus libros, pues pensaban sencillamente que las mujeres, pertenecientes en razón de su sexo al mundo de lo privado, no habían tenido ningún protagonismo en la Historia, con mayúsculas: política, económica o cultural. Con otra sensibilidad, Virginia Wolf ya en los años treinta había manifestado su desconcierto porque en los libros de historia que manejaba para escribir su obra *Una habitación propia* las mujeres no aparecieran. Esta historia le parecía “un poco rara, tal como es, irreal, desequilibrada”, por lo que se pregunta si “¿acaso no se podría añadir un suplemento a la historia? Por supuesto dándole un nombre poco llamativo, así las mujeres podrían figurar en ella sin impropiedad”.

La historia de las mujeres. Los inicios

Cuando en el corazón de los cambios ideológicos y sociales de los años 1970 ha surgido lo que llamamos ahora “historia de las mujeres”, no era cuestión de preguntarse si esta historia era posible. Se imponía, por la fuerza de la evidencia y la necesidad, el deseo de hacerla, después de escribirla. Así nació una práctica, al mismo tiempo que un tema nuevo en el campo de la disciplina histórica.

Arlette Farge, “Pratiques et effets de l’histoire des femmes”,
en Michelle Perrot (ed.), *Une histoire des femmes est-elle possible?*, 1984

A finales de los años sesenta, la historia debía de ser interpelada por el feminismo que denunciaría la *invisibilidad* de las mujeres en los libros de historia. Las historiadoras pondrían entonces de relieve la parcialidad de la disciplina que privilegiaba el estudio de los hechos y los espacios dominados por los hombres. Así, escriben que “el territorio del historiador durante largo tiempo ha sido exclusivo de un sexo, paisaje que encuadra los lugares donde se ejerce el poder de los hombres y sus conflictos, rechazando fuera de sus límites los espacios de las mujeres”. Las mujeres existieron, pero para los historiadores —hombres y mujeres— que por entonces ponían sus esfuerzos en el estudio de los grandes hechos o las estructuras económicas o sociales, se trata de una historia sin relevancia, pero aquellas historiadoras feministas que con

otra mirada habían comenzado a poner el foco sobre las mujeres sabían que estaban produciendo un desplazamiento de los límites de la historia. Se dice, entonces, que “portadoras de esta historia sin cualidades, portadoras de esta historia no identificable a través de las cualidades reconocidas por los hábitos dominantes, las mujeres desplazan, sin duda, los límites en donde queda fijada la representación del mundo”.⁵

En aquellos años la historia de las mujeres se impuso como una evidencia y una necesidad existencial de las propias feministas, muchas de ellas historiadoras, que se implicarían en su realización. En los primeros estudios, entre la memoria y la historia, en efecto, se trataba de dar relevancia al pasado de las mujeres; así, lejos de las ideas que incidían en la semejanza de las vidas femeninas o en su falta de protagonismo, se quería mostrar que las mujeres habían sido sujetos activos y que sus acciones, diferentes de las de los hombres, merecían ser objeto de estudio. Por este camino se descubriría la presencia activa de las mujeres en el mundo del trabajo o sus aportaciones a la economía familiar; también había sido relevante su presencia e influencia en los acontecimientos familiares y la vida de las comunidades o que muchas eran portadoras de un saber y una cultura femeninas. De manera particular se ponía el enfoque en figuras de la rebelión: las herejes, las curanderas, las brujas o las rebeldes primitivas, mujeres que, actuando en los márgenes, habrían gozado de una libertad inesperada y, en muchos casos, habrían sido influyentes y reconocidas por sus conocimientos y capacidades. En estos estudios, sin embargo, se solía obviar los costes de su rebeldía, la cárcel o la hoguera, que acogía las disidencias femeninas.

En los inicios de los ochenta las historiadoras feministas, que se habían implicado en la construcción de la historia de las mujeres, podían observar, con satisfacción, el crecimiento de la producción historiográfica, pero, al mismo tiempo, comprobarían los problemas de los resultados y la necesidad de reflexionar sobre las líneas que se habían seguido en las investigaciones. Como escribe Michelle Perrot en la presentación de uno de los primeros coloquios organizados para hacer balance de la situación: “Después de un tiempo de ‘acumulación primitiva’ hecha en todas direcciones, sin plantearse problemas, como si el descubrimiento fuera suficiente en sí mismo, ha llegado el momento de la reflexión, de caminar en sentido inverso los caminos recorridos”.⁶

⁵ Christiane Dufrancatel *et al.*, *L'histoire sans qualités*, París, Galilée, 1979, p. 9 y 11.

⁶ Michelle Perrot (ed.), *Une histoire des femmes...*, p. 7-8.

En este encuentro no se trataba ya, como en los primeros años, de interrogarse sobre la pertinencia o las posibilidades de hacer la historia de las mujeres, sino de analizar las prácticas y los efectos de una historia en expansión. En las universidades se habían comenzado a impartir algunos cursos o seminarios y el tema comienza a estar presente en las investigaciones. Como escribe Arlette Farge, no sin ironía, muchos estudiosos encuentran ahora interesante añadir: “un párrafo a un artículo, un capítulo a una tesis o unas hojas a un libro”. Pero la misma autora se preocupa por el peligro de banalización que corre paralelo al éxito de los estudios. Muchos de éstos se conforman con repetir los tópicos consabidos de que las mujeres visibles eran una excepción que vendría a confirmar la regla de que su historia estaba aún por llegar. En este sentido el descubrimiento de los textos normativos escritos durante siglos por los hombres —filósofos, sacerdotes y moralistas— debían servir tanto para dar cuenta —o denunciar— el vilipendio del sexo femenino, como para mostrar la permanencia del poder que las había sometido. El resultado de estos estudios fue el reforzamiento de la dialéctica de la dominación masculina y la sumisión femenina.

Las historiadoras comprobarían al mismo tiempo su soledad dentro de la profesión. Los historiadores, sorprendidos en muchos casos, guardaron silencio y, en la práctica, mostraron que no se sentían involucrados por una historia que no era la suya. En este sentido Arlette Farge destacaba que en la revista *Annales*, que hacía bandera de la renovación historiográfica, apenas se prestaba atención a los estudios de historia de las mujeres. En las publicaciones de aquellos años hubo muy pocos artículos con este enfoque y los comentarios que de ellos se hicieron fueron más bien fríos. Está claro que esta actitud disgustaba a las historiadoras que, trabajando en las mismas instituciones, hubieran esperado otra actitud hacia la historia de las mujeres, que, por otro lado, trabajaban en la misma línea de renovación historiográfica. Estas historiadoras eran conscientes además del peligro del gueto que llegó a producirse, pues en los primeros años la historia de las mujeres fue hecha por mujeres que, tomando el símil de Natalie Davis, trabajaron en los márgenes del mundo académico.⁷

En las publicaciones de aquellos años, sin embargo, se pone de relieve la creatividad de los primeros debates, muchas veces ruidosos, que dieron lugar a una forma particular de hacer historia. Se distingue ésta

⁷ Arlette Farge, “Pratique et effets...”, p. 17-35.

por las preguntas suscitadas por el feminismo y, por otro lado, por la influencia de la historiografía, particularmente de la historia social renovada y por la antropología, muy desarrollada en Francia. Estos planteamientos se notan en los primeros estudios dedicados a nombrar, identificar y medir la presencia de las mujeres en lugares, instancias y papeles que les son propios, nos aparece como una etapa necesaria, un justo retomar de las cosas. Se ponen así al descubierto las categorías de lo masculino y lo femenino, hasta ahora sofocadas por un neutralismo sexual sólo provechoso para el mundo masculino. En estos estudios, en efecto, a los temas habituales de los antropólogos se suman otros antes descuidados, en relación con las mujeres. Así se ponen al descubierto los trabajos de las mujeres, incluidos el parto y la maternidad; los espacios de sociabilidad femeninos, como las casas o el lavadero; o la vida cotidiana en las comunidades rurales, donde se nota la influencia femenina. Se señala sin embargo que, del mismo modo que en los estudios clásicos, la mirada se dirige hacia los espacios y las acciones de los hombres en los nuevos estudios dirigidos ahora a las mujeres, se mantiene el criterio y la imagen de la separación; así, se dice que después de que los estudios de antropólogos e historiadores se hubieran fijado en “los modos de la sociabilidad masculina tales como las abadías de juventud, quintas, cafés y cabarets, camarillas o la partida de caza, es lícito estudiar la sociabilidad femenina siguiendo el mismo criterio de no mixicidad”.⁸

En estos estudios se refuerza la imagen de la diferencia de las mujeres, a las que se descubren como poseedoras de una cultura femenina, que implicaba un poder y un saber específico suyo, pero la idea de una cultura específica femenina sería muy pronto cuestionada por las historiadoras que defendían un enfoque histórico más global y relacional. Entendían que las mujeres y los hombres formaban parte de una misma sociedad y compartían muchos valores, creencias y costumbres culturales. En consecuencia, los estudios debían fijarse en las relaciones de desigualdad entre los sexos, sin olvidar los conflictos generados por las diferencias que, por otra parte, quedaban ocultos en los enfoques de larga duración: “Lo que hay que hacer ahora es entender cómo se constituye una cultura femenina en el interior de un sistema de relaciones desigualitarias, cómo enmascara los fallos, reactiva los conflictos,

⁸ Cécile Dauphin *et al.*, “Culture et pouvoir des femmes. Essai d'historiographie”, *Annales. Histoire, Sciences Sociales*, marzo-abril de 1986, p. 82-83.

jalona tiempos y espacios, y cómo piensa, en fin, sus particularidades y sus relaciones con la sociedad global”.⁹

Desde esta perspectiva se introduce la cuestión del poder, que se trataba de definir preguntándose cómo se adquiere y quién lo tiene. Había que cuestionar la imagen unidimensional de un poder sólo masculino, desde un planteamiento foucaultiano, interesado en señalar que éste debía ser comprendido y estudiado en todas sus dimensiones: actuando ciertamente de arriba abajo, según la dialéctica dominación-opresión, pero también de abajo arriba. Así pues, proponen analizar la articulación de poderes y contrapoderes que actuaban en las relaciones entre los sexos, señalando los fallos de estas articulaciones y las brechas por donde se colaba el poder femenino o, al menos, su influencia. En este mismo sentido proponen analizar los mecanismos de compensación que se ofrecían a las mujeres, por ejemplo, mediante la galantería que exaltaba las cualidades físicas o los valores morales de la feminidad, que producían imágenes de influencia y poder femeninos, que podían ser utilizados por las mujeres. En esta propuesta se incluía también el estudio de la resistencia que las mujeres oponían a los mecanismos que servían para ocultar la dominación masculina.¹⁰

Género e historia

Creo que debemos interesarnos por la historia de ambos, de mujeres y hombres, que no deberíamos trabajar sólo sobre el sexo sometido. Nuestro objetivo es comprender los significados de los sexos, de los grupos de género en el pasado histórico. Nuestro objetivo es descubrir toda la gama de símbolos y de roles sexuales en las distintas sociedades y periodos, encontrar los significados que tienen y cómo funcionan para mantener el orden social o para promover el cambio del mismo.

Joan Wallach Scott, *Género e historia*

La categoría de género, procedente del debate del feminismo en los Estados Unidos, responde a la voluntad teórica de las estudiosas ame-

⁹ *Ibid.*, p. 87.

¹⁰ Estos debates y propuestas pueden verse en Lucía Ferrante *et al.* (eds.), *Ragnatele di rapporti. Patronage e reti di relazione nelle storia delle donne*, Torino, Rosenberg&Sellier, 1988; Isabel Morant, “El sexo de la historia”, *Ayer*, Asociación de Historia Contemporánea/Marcial Pons, Madrid, n. 17, 1995, p. 29-66.

ricanas, dispuestas a mostrar su insatisfacción porque en la mayoría de los estudios orientados a este debate no se logre desprenderse de las imágenes esencialistas que tradicionalmente se asocian con las mujeres. En los años ochenta, en efecto, los trabajos parecían estancados por las explicaciones recurrentes al Sexo, escrito con mayúsculas; en ellas las mujeres se representaban marcadas por la biología o la condición social capaces de decidir sus destinos ineludibles. La categoría género permitía poner de relieve el carácter ideológico y los mecanismos del poder que actúan en la producción y reproducción de la persistente desigualdad entre mujeres y hombres. Como escribe Joan Scott: “El termino género denota unas determinadas “construcciones culturales“, toda la creación social de las ideas acerca de los roles apropiados para las mujeres y los hombres”.¹¹

Y esta teoría se extiende pronto merced al carácter internacional del feminismo que la difunde por Europa. A este respecto es de destacar la influencia de Joan Scott, particularmente su artículo “El género: una categoría útil para la Historia”, publicado en inglés en 1985, trabajo en que se analizan los cuerpos teóricos entonces manejados por las estudiosas feministas: el concepto de patriarcado, las categorías procedentes del materialismo histórico o del psicoanálisis, por más que su autora señale su insuficiencia para producir una explicación histórica. Aunque lo que me parece más significativo es la importancia que la historiadora concede a que las feministas apuesten por la renovación que se insinúa en las críticas que se dirigen a las ciencias sociales, dominadas entonces por el estructuralismo. Así, escribe que:

Me parece significativo que el empleo de la palabra género haya surgido en un momento de gran confusión epistemológica que en algunos casos implica que los científicos de las ciencias sociales cambien sus paradigmas científicos por otros literarios (del énfasis puesto en las causas a otro centrado en el significado, haciendo confusos los géneros de investigación); y que, en otros casos, la forma de los debates teóricos entre quienes afirman la transparencia de los hechos y quienes insisten en que la realidad se interpreta y se construye. En el espacio que este debate ha abierto y en el de crítica de la ciencia desarrollada en el campo de las humanidades, y en el del empirismo y el humanismo de los posestructuralistas, las feministas no sólo han comenzado a encontrar una voz teórica propia sino que también

¹¹ Joan Wallach Scott, *Género e historia*, México, Fondo de Cultura Económica/Universidad Autónoma de la Ciudad de México, 2008, p. 53. *Ibid.*, p. 53.

han encontrado aliados académicos y políticos. Dentro de este espacio debemos formular el género como categoría analítica. Y es en el interior de este espacio que debemos articular el género como categoría analítica.¹²

En el contexto de este debate los historiadores, que han sido cuestionados en sus métodos, deben cambiar las formas de escribir la historia. Así dice:

¿Qué deben hacer los historiadores que, después de todo, han visto cómo algunos teóricos desechaban la historia como una reliquia del pensamiento humanista? No creo que debamos dejar los archivos o abandonar el estudio del pasado, pero tenemos que cambiar algunas de las formas con que nos hemos acercado al trabajo. Necesitamos examinar atentamente nuestros métodos de análisis, clarificar nuestras hipótesis de trabajo y explicar cómo creemos que tienen lugar los cambios.¹³

En este sentido, Scott señala sus nuevas influencias: Foucault y Derrida. La crítica del primero a la continuidad de la historia obliga a dejar en un segundo plano el problema de los orígenes y las causas; así, afirma que sólo el estudio de los procesos puede permitir al historiador conocer las causas:

En lugar de investigar los simples orígenes, tenemos que concebir aquellos procesos que están tan interrelacionados que no pueden desenredarse. Por supuesto vamos a seguir identificando los problemas para estudiar [...] Pero son los procesos los que debemos tener en cuenta. Debemos preguntarnos más a menudo cómo ocurrieron las cosas para encontrar por qué ocurrieron.

Por otro lado, se señala que el trabajo del historiador no debe fijarse tanto en establecer los hechos, sino en el estudio de los significados que adquieren los hechos: “Me parece entonces que el lugar de la mujer en la sociedad humana no es producto, en sentido directo, de las cosas que hace, sino del significado que adquieren sus actividades a través de la interacción social concreta”. En esta misma línea se distancia de la percepción habitual de los historiadores de un poder social unificado, coherente y centralizado y propone la imagen de un poder

¹² *Ibid.*, p. 64.

¹³ *Idem.*

disperso que actúa como “constelaciones dispersas de relaciones desiguales, construidas discursivamente en “campos” sociales de “fuerza”.¹⁴

En cuanto a la teoría del género, Scott señala dos partes: define el género como un elemento constitutivo de las relaciones sociales, basadas en las diferencias percibidas entre los sexos; pero es también una forma primaria de las relaciones simbólicas de poder. Como elementos constitutivos de las relaciones sociales de género señala cuatro aspectos relacionados entre sí: los símbolos disponibles que evocan diferentes representaciones de la mujer, como los de Eva o María en la tradición cristiana, pero también los mitos de pureza o corrupción, etcétera; los conceptos normativos que se expresan en las doctrinas religiosas, científicas o educativas, legales o política; que afirman de manera categórica y coactiva el sentido binario del hombre y la mujer; las instituciones sociales y las organizaciones, que imponen la segregación sexual, como la familia, pero también las formas del trabajo o la educación, etcétera, y la construcción subjetiva de la identidad, que se produce a partir del reconocimiento de los construcciones del lenguaje. La segunda parte de su teoría se refiere al género como un campo primario de las relaciones simbólicas del poder, que se construyen y conviven con otras relaciones sociales en las que interviene el poder, pero aquellas relaciones se distinguen y caracterizan por su universalidad y persistencia. Como en su día había afirmado el sociólogo Pierre Bourdieu: “La división del mundo basada en las referencias a las diferencias biológicas y especialmente a aquellas que se refieren a la división del trabajo de la producción y la reproducción opera como las que están mejor fundadas en ilusiones colectivas”.¹⁵

La propuesta de Scott fue bien acogida por las estudiosas feministas, que podían valorarla como una incitación a la reflexión teórica y también como una apertura de los temas y los métodos renovadores, pero al mismo tiempo sentían el desafío de la propuesta; el cuestionamiento de la categoría mujeres y la merma de confianza en los procedimientos de la sociología y de la historia social significaban el abandono de las preguntas sobre la agencia histórica o la igualdad de las mujeres. En este sentido se comprende la resistencia surgida entonces entre las historiadoras que, como ella misma, habían trabajado, en otro sentido, para hacer la historia social de las mujeres. La propia

¹⁴ *Ibid.*, p. 65.

¹⁵ *Ibid.*, p. 68.

Scott reconoce esta etapa de su investigación, realizada en colaboración con Louise Tilly, dedicada al estudio del trabajo femenino en el marco de la transición hacia el capitalismo. En el debate, Tilly admite el interés de la categoría de género para el análisis histórico pero mantiene su acepción sociológica. En este sentido distingue entre los estudios que permanecen aún muy descriptivos y una historia social analítica que estudia un pasado marcado por el género, pero en el relato de la propia Scott sobre la construcción de las mujeres en los años ochenta se pondrá el acento en las diferencias; entre la historia social de las mujeres y los estudios de género marcados por el posestructuralismo, que se representan como una novedad y ruptura respecto de la etapa anterior, a la cual se refiere como “historia de ellas”.

La historia de las mujeres en Occidente

Cristalización de un trabajo invisible, llevado a cabo por caminos diversos, esta “Historia” se inscribe ella misma en un terreno más vasto: el de las investigaciones sobre las mujeres y la diferencia de sexos, la cuestión concierne hoy, poco o mucho, a todas las disciplinas, que deben preguntarse por lo universal.

Michelle Perrot, “Introduction”, en Georges Duby y M. Perrot, *Histoire des femmes en Occident*, 1992 (Edición castellana: Historia de las mujeres, Barcelona, Taurus, 1993)

La publicación de *Histoire des femmes en Occident* entre 1988 y 1992, en cinco gruesos volúmenes, puso de relieve la consolidación de una historiografía, particularmente en Europa y Estados Unidos. Su edición fue una iniciativa de una casa editorial italiana, Laterza, activa en el sector de las ciencias humanas y sociales y al acecho de novedades, que supo ver el interés social de esta historia. Dirigida por Georges Duby y Michelle Perrot, la responsabilidad fue compartida con un grupo de historiadoras, que habían estado en vanguardia de los debates y en la producción historiográfica de los primeros años; Schmiti-Pantel, Klap-sich-Zuber, Fargue-Davis, Fraisse-Perrot y Thébaud figuran en la obra como directoras de los distintos volúmenes. Gestionada esta historia desde París, se nota el peso de la producción francesa: el 60% de las contribuciones es de autores franceses y el 40% restante es básicamente de procedencia anglosajona. La menor presencia italiana produjo la queja de las historiadoras de ese país que consideraban que su par-

ticipación no guardaba relación con la importancia y el volumen de los estudios hechos en Italia. Hubo ausencia total de textos de procedencia española y latinoamericana, que se trató de corregir en la edición castellana, a propuesta del editor español, introduciendo una mirada española, que figura como un apéndice, en cada uno de los volúmenes. La coordinación de estas páginas corrió a cargo de Reyna Pastor, que introdujo algunos temas latinoamericanos.¹⁶

Para dar a conocer la obra, a la vez que como consecuencia de su éxito, se tradujeron de inmediato los libros a varios idiomas, se organizó un coloquio en París, en noviembre de 1992, que fue significativo. Las responsables del encuentro eligieron la Sorbona para esta celebración, con la intención de que su gran anfiteatro, poco frecuentado por las mujeres en el pasado, fuera un espacio en que se hablara de ellas. En este coloquio masivo se puso de relieve el cruce de influencias que por entonces incidían en la construcción de la historia de las mujeres; el debate del feminismo, o mejor de los feminismos, que condicionaban sobre todo en la elección del objeto y la formulación de las preguntas y, por otro lado, el debate, entonces relevante de la historiografía, entre los procedimientos de la historia social, dominante en los medios académicos, y la historia cultural, que ganaba terreno en el panorama de la historiografía europea, particularmente entre la tercera generación de los *Annales*.

La ponencia de Gianna Pomata sirve de ejemplo sobre el modo en que estos debates están presentes en los historiadores que se dedican a la historia de las mujeres. Pomata, una historiadora de procedencia italiana, formada en Francia y afincada en los Estados Unidos, conocedora de los presupuestos iniciales de la historia social de las mujeres, que ella misma practica, se muestra reticente respecto de los estudios que se dedican al análisis de los discursos y las representaciones de las mujeres, influidos por la historia cultural. Considera que en estos trabajos, basados en fuentes de procedencia masculina, es difícil conocer la realidad de las mujeres, cómo vivían o lo que hacían. Coincide con el pensamiento de Virginia Wolf, que en su día había escrito que en las grandes bibliotecas de Londres, “llenas de libros redactados por profesores, maestros de escuela, sociólogos, predicadores, novelistas, ensayistas, periodistas, que no tenían otro título que el de no ser mujeres, cada uno más locuaz que el otro”, no se encuentra ninguna información sólida sobre las mujeres reales, que seguían estando en la sombra. En su crítica comprende también a la historia del género, que por entonces

¹⁶ Isabel Morant, “El sexo de la historia...”

comenzaba su desarrollo en la universidad americana y que conocía bien por su vinculación profesional. En su escrito late la polémica, instalada en algunas universidades de Estados Unidos, entre las historiadoras que, en la primera etapa constructiva, habían comenzado a hacer una historia social de las mujeres, y las teóricas del género que, en la línea de Scott, señalan la impropiedad de seguir pensando en las mujeres como una realidad social que pudiera ser comprendida por fuera de la retórica de los discursos o las representaciones. Así, escribe:

La historia del género es un área de investigación histórica perfectamente legítima y extremadamente útil, pero no debe confundirse con la historia de las mujeres y no debe tener prioridad sobre la necesidad de una historia social de las mujeres. [Y añadía aún] Veo la principal tarea de la historia de las mujeres no como una “deconstrucción” del discurso machista, sino como un esfuerzo para superar “la escasez de hechos” acerca de sus vidas.¹⁷

Las reticencias de Pomata, compartidas por otras muchas historiadoras, presentes en el coloquio, ponían de relieve la dificultad de la recepción de la categoría de género en Europa, particularmente en Francia, donde tanto las teóricas del feminismo como las historiadoras se mostraban por entonces menos proclives a los embates de los posestructuralismos, procedentes del mundo anglosajón.

Quería destacar, por otro lado, las particularidades de la historia de las mujeres en Francia, que se aprecian en las intervenciones de las directoras de *Histoire des femmes en Occident* en relación con el objeto de estudio. En este sentido plantean la diferencia entre *Histoire des femmes* o *Histoire des rapports entre les sexes*, y apuestan por el segundo enfoque, pero advierten, defendiéndose de las críticas que se esperan, que su elección no significaba una disminución del interés por las mujeres, que siguen siendo el objeto de los estudios, pero defienden el interés de las fuentes masculinas que, para los periodos más alejados de la historia, son casi las únicas disponibles. Más allá de esta constatación, su elección se basa en la consideración de que las mujeres no son un sexo diferente ni forman un colectivo social separado de los hombres, sino que pertenecen a la misma humanidad y son parte integrante de la misma sociedad. En consecuencia, la historia debe fijarse no tanto en las mujeres como en las relaciones sociales que las diferencian de los hombres. Por eso,

¹⁷ Giovanna Pomata, “Histoire des femmes, histoire de genre”, en Georges Duby y Michelle Perrot, *Femmes et histoire*, París, Plon, 1992, p. 26-29.

[...] elegir esta segunda opción no significa abdicar de lo femenino, abandonar las mujeres, sus espacios, sus grupos, su palabra, para no estudiar en definitiva, aún y como siempre, más que a los hombres y sus discursos? Nuestra elección se funda en la hipótesis de que no existen dos sexos separados, como si fueran dos especies, sino un proceso de diferenciación sexual, con fronteras a menudo inestables, cuya comprensión constituye el centro de nuestro trabajo.¹⁸

Las historiadoras francesas acusan los problemas, ya enunciados en el primer apartado; el acento puesto en la diferencia sexual propio de los estudios específicos, que consideran que las mujeres serían portadoras de una cultura propia; o también que, separadas del mundo de los hombres, habrían desarrollado formas particulares de acción social y política que la historia desvelaría. Su planteamiento, en cambio, entroncaría con el principio de universalidad e igualdad, adoptados por el feminismo francés, que considera que las mujeres forman parte de la misma sociedad que los hombres, pero que dominadas y discriminadas por el poder aspiran a convertirse en sujetos de pleno derecho, social y político. En consecuencia, privilegian el estudio de las relaciones que producen las diferencias sexuales y la dominación y, más aún, se interesan en las acciones políticas que produjeron cambios en las relaciones, particularmente se interesan en el estudio del feminismo. Entienden además que a diferencia de los planteamientos biologicistas o naturalistas, que aún permanecen inscritos en muchos escritos de historia de las mujeres, la mayoría de los autores de la *Histoire des femmes en Occident*, optan por una definición cultural e histórica. Así, a la manera anglosajona distinguen el sexo (biológico) y el género (cultural) y privilegian el estudio del segundo que sería el único visible en la historia, pero al mismo tiempo mantienen las distancias respecto del giro cultural adoptado por una parte del feminismo americano. El caballo de batalla que se mantiene, aún hoy, era la de-construcción radical que se plantea en muchos de los estudios que llegaban, sobre todo, del otro lado del Atlántico. Como escribe Michelle Perrot: ¿Se puede eludir del todo la biología? Y ¿se puede negar la presencia del cuerpo y el deseo? El debate pues permanece abierto.¹⁹

¹⁸ Arlette Farge y Michelle Perrot, “Débat”, en Georges Duby y Michele Perrot, *Femmes et histoire*, París, Plon, 1992, p. 68.

¹⁹ Michelle Perrot, “Escribir la historia de las mujeres. La experiencia francesa”, p. 81.

Feminismos, ciencia y sociedad

En el coloquio intervino una serie de intelectuales procedentes de distintas ramas de las humanidades y de las ciencias sociales que no habían participado en la obra, a los que se les pedía que hicieran una lectura crítica de los libros. En esta puesta en escena se quería poner de manifiesto la idea, defendida de un modo particular desde la historiografía feminista en Francia, de que la historia de las mujeres no debía constituirse en un campo de estudios acotado por la teoría feminista, sino en relación con los presupuestos de las ciencias próximas, en particular con las humanidades y las ciencias sociales. Señalan también que la práctica de esta historia no debe de ser un campo reservado de las mujeres sino abierto a los hombres. Así escriben: “Que las mujeres hayan iniciado su historia (las mujeres y algunos hombres) es un hecho. Nada hay que objetar, a no ser que ellas quieran conservar el monopolio. Que todos puedan escribir la historia de todos y de cada una es finalmente deseable”.²⁰ En consecuencia, los hombres fueron llamados a participar en los debates de la Sorbona, igual que antes habían participado en la dirección de la obra (Georges Duby) o en su escritura. (Un 20% de las contribuciones es de autores masculinos.)²¹

En el debate, sin embargo, se pusieron de relieve las tensiones. Así se abordarían las críticas provenientes de la academia que acusan la ideología —feminista— de los estudios de las mujeres, nacidos a impulsos del feminismo y sospechosos por tanto de militantismo. En las intervenciones de las historiadoras se reconoce la impronta del feminismo que, en los primeros momentos, propiciaría algunos temas y enfoques; el estudio de las víctimas o la simpatía por las rebeldes y en general el interés por las mujeres que condujeron sus destinos de manera inesperada, etcétera, pero defienden también la profesionalidad de sus prácticas: en las páginas de los libros que se presentan no hay hagiografías y queda claro que los que participan en este libro conocen el rol de la subjetividad en la escritura de la historia y procuran su control. En este debate se pone de relieve la voluntad de las historiadoras por defender su prestigio académico en un territorio que sigue siendoles hostil. Su actitud podía compararse con la de las mujeres

²⁰ Arlette Farge y Michelle Perrot, “Débat”, *Ayer*, Asociación de Historia Contemporánea/Marcial Pons, Madrid, n. 17, 1995., p. 71.

²¹ Georges Duby y Michelle Perrot, *Femmes et histoire...*

intelectuales en el pasado, las cuales, excluidas del saber, se vieron obligadas a asumir la carga de la prueba para mostrar su capacidad intelectual y la bondad de sus productos. Se podría pensar, como se ha dicho, que su actitud defensiva responde a la debilidad histórica de las mujeres en el mundo del saber. Pero en los argumentos de las historiadoras se nota también demanda de responsabilidad a los que formulan las sospechas: ¿por qué se acusa de ideología y de dispersar las reglas de la disciplina a la historia de las mujeres cuando los historiadores han debido admitir que la subjetividad existe en todos los casos? Como concluye Arlette Farge, “sabemos que la Historia es mortal”.²²

Un segundo aspecto a destacar en el debate de los estudios feministas en Francia es la consideración de que estos estudios no debían construirse como un campo de estudios aparte sino en relación con las disciplinas afines; así lo defienden las historiadoras al afirmar que la historia de las mujeres no pretende tanto poner en cuestión todos los supuestos afirmados por la historia sino que ofrece un nuevo paradigma para la historia. En su favor argumentan contra el voluntarismo inicial que supone que después de diez años de trabajo no se ha dado la anunciada ruptura epistemológica ni parece que ésta vaya a darse en un futuro próximo. Dados los obstáculos que se observan en el camino, ¿qué ocurre, por ejemplo, si se niega la cronología convencional para estudiar los periodos históricos sólo en función de su significado para las mujeres?, ¿hasta qué punto no permanecen o se cruzan las cronologías habituales? Los dilemas y las preguntas que se plantean son si la historia de las mujeres puede aspirar a reescribir la historia general o sólo a interrogarla desde otros ángulos y si puede querer modificar los modelos interpretativos de los historiadores. En este debate, aún abierto, se pone de relieve la diferencia de la estrategia adoptada por las estudiosas feministas, que, sobre todo en Estados Unidos, defienden una mayor autonomía teórica que lleva incluso a abrir la posibilidad de construir una “ciencia feminista”. Esto implicaría también una mayor independencia organizativa; la creación de departamentos, disciplinas, etcétera.²³

Se podría pensar, como se ha dicho, que en las estrategias el feminismo anglosajón se manifiesta no sólo una mayor confianza y ambición intelectual sino sobre todo una voluntad más reivindicativa, pero en el discurso y en las estrategias que adoptan las feministas francesas, ya

²² Michelle Perrot, “Escribir la historia de las mujeres...”, p. 71.

²³ Arlette Farge y Michelle Perrot, “Débat...”, p. 70-71.

desde el siglo XVIII, puede darse la misma voluntad de cambio; al poner en entredicho la falacia ilustrada del principio de universalidad las feministas francesas exigen que se cumpla la igualdad. Es decir que las leyes actúen para asegurar la presencia femenina en las instituciones y la paridad del saber.

El eco del coloquio nos permite referirnos por último a la recepción de la historia de las mujeres. En el balance de Michelle Perrot y Arlette Farge se destaca la buena acogida de la *Histoire des femmes*, no sólo en Francia, por parte de los medios, sino también por el público lector. Se muestra particularmente el afecto de las mujeres, que se consideran reivindicadas por una obra que las comprende. En contraste, estas autoras señalan la frialdad de los colegas que, si bien podían saludar el éxito de la obra y felicitar por ello a sus responsables, en general no pasarían de aquí, en una actitud que manifestaba la indiferencia ante un objeto que no acaban de reconocer como propio. Podría decirse que, a pesar de los esfuerzos de las historiadoras por integrar la historia de las mujeres en la historia, los recelos —o los celos— permanecen y la distancia no se acorta, al menos al ritmo que cabría esperar. El conflicto sigue, pues, abierto.

Historia de las mujeres en España y América Latina

[La] historiografía naciente en América Latina que se pliega al objetivo central de ofrecer memoria e identidad a las incipientes naciones, y que por lo tanto no difiere en absoluto de los grandes dictados de la “historia científica” decimonónica, se consagra a la operación celebratoria de la potencia masculina y no encuentra razón eficiente para vislumbrar a los sujetos secundarios.

Dora Barrancos, “Mujeres y género en la historiografía latinoamericana. Balance y perspectivas”, en Pilar Pérez-Fuentes (ed.), *Entre dos orillas. Las mujeres en la historia de España y América Latina*, 2012

Al igual que había ocurrido en otros países, la construcción de la historia de las mujeres en España y en América Latina estuvo ligada al desarrollo del feminismo. Pero los tiempos no fueron los mismos. En España, la dictadura de Franco —que puso freno a la evolución social e intelectual del país— retrasaría la emergencia del feminismo, pero con la muerte del militar, en 1975, se iniciaría un proceso político de

cambio, la llamada “transición democrática” que propiciaría la aparición del movimiento de mujeres. Éstas, sobre todo las jóvenes —muchas universitarias o profesionales— descubrían entonces su discriminación, la desigualdad, en relación con los hombres, impuesta por la educación, las costumbres o las leyes. Comprobarían, además, el desinterés de los nuevos partidos y sindicatos sobre la llamada cuestión de las mujeres, y las que militaban contra la dictadura fueron conscientes de su relegación en los órganos de dirección política. En consecuencia, se produjo un distanciamiento; las mujeres crearon sus propias organizaciones, círculos y plataformas, cuyos objetivos se fueron desplazando desde la denuncia general de la opresión y discriminación hacia la construcción de una agenda feminista que demandaba mayores derechos y libertades, así como la igualdad de derechos entre los sexos. No cabe duda de que las leyes demandadas por las mujeres —el divorcio o la igualdad de derechos en el matrimonio, la despenalización de los anticonceptivos, el derecho al aborto o la escuela mixta— aportaron un plus de modernidad y libertad a la nueva democracia española, pero no es menos cierto que la conjunción entre democracia y feminismo propició un mayor y más rápido avance en la condición de las mujeres, con altibajos según los gobiernos, y las feministas pudieron plantear sus propias exigencias y apoyarse en la política, particularmente con la izquierda en el poder.

El feminismo trajo consigo un nuevo despertar intelectual. Las integrantes del movimiento querían saber y devoraban la literatura feminista que nos llegaba de fuera. Los libros, en su versión original o traducidos, circularon como no lo habían hecho antes. Recuerdo, por ejemplo, que *El segundo sexo* de Simone de Beauvoir, entre otros, llegó a España desde México. Este contexto permitiría que, como había ocurrido poco antes en Europa, la academia fuera interpelada: profesoras, estudiantes o profesionales feministas criticaban el sesgo de los estudios y reclamaban otro enfoque de la ciencia. Comenzaron entonces los encuentros, los seminarios y las primeras investigaciones. Las historiadoras que se afanaron en promover la “visibilidad” de las mujeres no eran ajenas a un clima político del momento en que la salida de la dictadura marcaba los objetos de estudio: el interés por el periodo contemporáneo, particularmente por la II República, aplastada por el fascismo, y por las mujeres que se habían destacado políticamente; las republicanas, comunistas, anarquistas y por las defensoras de los derechos de las mujeres.

En América Latina la política también marcaría el desarrollo del feminismo. Así se pone de relieve en el relato de Dora Barrancos, en su análisis sobre la emergencia de los estudios feministas en los distintos países latinos, en que se valoran los estudios pioneros dedicados a las mujeres que participaron y tuvieron algún protagonismo en momentos álgidos de la política americana. Señala también que fueron trabajos amateurs, realizados por fuera de la academia, cuyos miembros —destaca— no veían el interés de fijarse en las mujeres, pero observa también que en los primeros estudios se reproducen los tópicos de la femineidad; la imagen de la mujer de todos los tiempos que permanecía fuertemente anclada en la mentalidad de historiadores y lectores. Así, las mujeres políticamente activas o intelectuales se representaban, e incluso se veneraban, como una singularidad, como la excepción que venía a confirmar la regla del sexo femenino, sometido a su destino natural, la maternidad, el cuidado físico y moral y la felicidad de las familias. Dedicadas a estos menesteres, las mujeres habrían estado básicamente ausentes en los espacios que interesan a la Historia con mayúsculas: el saber, la economía o la política.

También en América Latina la política, que interrumpió el desarrollo social e intelectual de los países, puso trabas a la emergencia del feminismo. Como ha explicado la propia Barrancos, la dictadura en Argentina afectó significativamente la renovación de la historia, que había vivido un buen momento en contacto con la renovación historiográfica en Europa, representada por la escuela de *Annales*. En Chile la dictadura fue aún más devastadora: la muerte y el exilio de muchos intelectuales hizo retroceder el pensamiento varias décadas. Matiza, sin embargo, que el clima político no influyó del mismo modo en todos los países. En México, por ejemplo, la política no ahogó del mismo modo el desarrollo cultural del país, de forma que la producción intelectual se mantuvo, si bien con altibajos. El feminismo había tenido aquí, además, un desarrollo más temprano: los primeros movimientos de mujeres surgen con anterioridad a la Primera Conferencia Internacional de la Mujer, que la ONU convocó precisamente en México, en 1975. Este encuentro, según Barrancos, señala un punto de inflexión del movimiento y la emergencia de los primeros estudios en las universidades: la Universidad Autónoma Metropolitana, El Colegio de México y la Universidad Nacional Autónoma de México.²⁴

²⁴ *Idem.*

Pero el crecimiento generalizado y continuado de los estudios de historia de las mujeres en los centros académicos data de los años ochenta y se nota —las fechas no fueron muy diferentes en España— sobre todo a partir de mediados de esta década y en los noventa.²⁵

Las feministas mirábamos entonces hacia afuera, hacia las producciones del feminismo internacional que nos llegaban desde Francia, Italia y del mundo anglosajón. En España, al menos en un primer momento, se destaca la influencia del feminismo francés y la historiografía próxima a la escuela de los *Annales*. Posteriormente se nota un mayor contacto con la producción inglesa, básicamente estadounidense, que comienza a circular a principios de los noventa gracias a los trabajos de Joan Scott: el primero de sus artículos, “El género, una categoría útil para la historia”, fue publicado en castellano en 1990 y después la “Historia de las mujeres” aparece en 1993. Pero un debate en profundidad sobre la obra de Joan Scott no se produjo sino hasta 2005, en un seminario organizado para tal efecto por la Asociación Española para la Investigación en Historia de las Mujeres.²⁶ En América Latina, en cambio, se nota una influencia más temprana y generalizada del feminismo anglosajón.²⁷

En los últimos años, sobre todo a partir de finales de los noventa, la categoría género se ha impuesto de manera generalizada en España, tanto en el mundo académico, como en el lenguaje de la política y de los medios. El abandono de la categoría “mujeres” ha producido también algunas reticencias procedentes del feminismo, que considera que la categoría “género” —en muchos casos se hace servir para dar legitimidad académica a los estudios— oscurece los objetivos políticos del feminismo. Ocurre, además, que muchas mujeres, que no están en la academia, se sienten excluidas de lo que consideran un lenguaje —una jerga— que las aleja de las estudiosas, cuyo objetivo político se les escapa.²⁸ Pero en las universidades los estudios de las mujeres se denominan ahora de género, igual que en los estudios de historia, de forma que la denominación “historia de las mujeres” casi ha desaparecido de los títulos de los

²⁵ *Ibid.*, p. 34-35; Mary Nash, *Presencia y protagonismo. Aspectos de la historia de la mujer*, Barcelona, Serbal, 1984, p. 137-161.

²⁶ Los resultados del encuentro pueden verse en Cristina Borderías (ed.), *Joan Scott y las políticas de la historia*, Barcelona, Icaria, 2006.

²⁷ Dora Barrancos, “Mujeres y género...”, p. 19-44.

²⁸ Silvia Tubert (ed.), *Del sexo al género. Los equívocos de un concepto*, Madrid, Cátedra, 2003; Amelia Valcárcel, *Feminismo en el mundo global*, Madrid, Cátedra, 2008.

cursos, y de los artículos y libros académicos, sustituida por “historia de género o de las relaciones de género o perspectiva de género”. La categoría género, en efecto, sirve para indicar una posición teórica o para marcar el carácter feminista de los estudios, pero su uso generalizado no siempre garantiza los enfoques de los trabajos. Así, escribe Joan Scott que en la mayor parte de los casos la categoría género se utiliza —impropiamente— de manera descriptiva: “El género es un tema nuevo, un nuevo departamento de investigación histórica pero no tiene el poder analítico para dirigir (ni cambiar) los paradigmas históricos existentes”.²⁹

Estas observaciones nos inducen a reflexionar sobre los equívocos que se producen en el uso de este concepto: la palabra género, que proviene del inglés, no se traduce fácilmente al castellano o al francés y, por lo tanto, se entiende vagamente; preocupan también las falsas apariencias de los estudios que se dicen de género sin mayores implicaciones teóricas y, por último, los historiadores debemos de ser sensibles a los abusos de los estudios que se conforman con redundar la teoría sin dar oportunidad a la historia. Como advirtiera en su día Gisela Bok: “Al considerar el pasado sólo en función del presente o como un instrumento de éste, corremos el peligro de sucumbir al vicio profesional de muchos historiadores de evitar, de ese modo, la posibilidad de sostener un verdadero diálogo con el pasado”.³⁰ Para la reflexión sobre estos problemas nuevos resulta muy estimulante la lectura de uno de los últimos libros de Genevieve Fraisse, que la autora titula, no sin intención: *A côté du genre. Sexe et philosophie de l'égalité*, publicado en 2010.

Por otro lado, en los escritos de historia de las mujeres publicados en los últimos veinte años se pone de relieve la diversidad de los enfoques que ponen el acento en la historia social de las mujeres, las relaciones entre los sexos o el género. Ésta es una realidad que se percibe en las revistas especializadas o en las obras colectivas: en *Arenal. Revista de Historia de las Mujeres*, que se publica en España desde 1995, y también en los cuatro volúmenes de *Historia de las mujeres en España y América Latina*, que publicamos entre 2005 y 2006. Lo que se muestra en estos ejemplos es la convivencia de las categorías y los procedimientos, se diría incluso que el concepto mujeres domina sobre el de géne-

²⁹ Joan W. Scott, “El género: una categoría útil para el análisis histórico”, en Janes S. Anaelang y Mary Nosh (eds.), *Historia y género. Las mujeres en la Europa moderna y contemporánea*, Valencia, Alfons el Magnánim, 1990, p. 52.

³⁰ Gisela Bok, “La historia de las mujeres y la historia del género: aspectos de un debate internacional”, *Historia Social*, n. 9, 1991, p. 58.

ro y, del mismo modo, se percibe la mayor influencia de la historia social y cultural y un menor manejo de los presupuestos del giro lingüístico. La diversidad y la complejidad, incluso el debate, agrio en muchos casos, que hoy observamos son resultado de nuestra propia trayectoria intelectual; de las particularidades adoptadas por el feminismo o mejor por los feminismos en nuestros países y también del desarrollo de nuestra historiografía. ¿Qué hacer en estas circunstancias? ¿Cómo podemos manejar el desconcierto aparente? Nos interesa mantener los aspectos que unen los estudios y también la diversidad y la complejidad que los caracteriza. El debate continúa en nuestros días.

La historia de las mujeres: entre dos orillas

La historia de las mujeres en España y América Latina es una obra que publicó la editorial Cátedra entre 2005 y 2006. Dirigida la obra por mí misma, la parte americana fue coordinada por Asunción Lavrin, Pilar Pérez Cantó, Gabriela Cano y Dora Barrancos. Sus cuatro volúmenes son sólo una parte de la producción acumulada en los últimos 25 años en los países de habla castellana (incluido Brasil), pero su contenido nos sirve de referencia para evaluar los estudios de historia de las mujeres; los temas y los enfoques privilegiados, así como sobre los resultados obtenidos, y las semejanzas y las diferencias de la historia de las mujeres, a uno y otro lado del Atlántico.

En los cuatro volúmenes que componen la obra podemos señalar los estudios que, desde la perspectiva de la historia social de las mujeres, ponen el acento en el estudio de la agencia colectiva como en las estrategias individuales de los sujetos femeninos. Así, se estudian: las formas de trabajo o el papel que las mujeres desempeñaron en las economías familiares así como en el desarrollo económico de los países; en la sociabilidad femenina se destaca el papel en la familia, así como las relaciones con la religión o con la comunidad y la política. Desde un enfoque diferente, influido por los procedimientos de la nueva historia cultural, se estudian los discursos, las representaciones y, en general, las prácticas culturales que definen lo femenino y lo masculino, así como la posición —jerárquica— que se atribuye a los sexos. En la obra se refieren las acciones del poder masculino, pero no hemos buscado construir una historia victimista, sino que nos hemos preguntado también por el poder o por la influencia de las mujeres en determinados

espacios sociales o familiares, así como en los momentos en que se producen cambios en las relaciones. En este sentido se ha privilegiado el estudio de la palabra de las mujeres, de la voz femenina que no se descubre fácilmente y se ha de buscar en los silencios, en los pequeños gestos o en los textos inesperados que consienten, disienten o revolucionan las leyes u opiniones comunes que se refieren a ellas.³¹

Debemos señalar, por otro lado, los grandes temas, que se repiten en los distintos periodos cronológicos, y, sobre todo, los cambios que se producen en los momentos que consideramos clave en la historia de las mujeres en España y en los países de América Latina. Así, por ejemplo, resulta especialmente interesante y novedoso el estudio de las grandes civilizaciones de la América precolonial, un periodo sobre el que pesa la escasez y la dificultad de las fuentes, pero en el que se logra descubrir el papel social de las mujeres, el protagonismo e incluso el poder que ejercieron los personajes femeninos de las elites y, por otro lado, se avanza en la comprensión de los significados culturales de la feminidad. La incidencia de la religión en las vidas femeninas es, sin duda, uno de los temas mejor estudiados y representados. Los estudios analizan el pensamiento de la Iglesia católica sobre la feminidad y la masculinidad, así como su incidencia en las relaciones de los sexos, en el matrimonio y en la vida conyugal. Otros trabajos abren la puerta a la vida en los conventos, para asistir a las formas de la espiritualidad femenina o para enfrentarse con el poder carismático de algunas religiosas. Por otro lado, en los capítulos dedicados a las mujeres pertenecientes a las casas reales y a las aristócratas al servicio de la realeza, la política se descubre como un privilegio y campo de acción y de atracción para estas mujeres de las elites. Por último podemos destacar los estudios que se dedican a la relación de las mujeres con el mundo del saber y de la ciencia; las religiosas o laicas que estudian o que se presentan como autoras o que pretenden formar parte de las instituciones que representan o construyen los conocimientos.³²

En los estudios dedicados al siglo XIX cobra especial importancia la revisión de las revoluciones nacionales que dieron lugar a la construcción de las naciones modernas. En ellos se analizan los efectos de los cambios políticos en las vidas de las mujeres y se señalan los lími-

³¹ Isabel Morant (coord.), *Historia de las mujeres en España y América Latina*, t. I, Madrid, Cátedra, 2006, p. 7-16.

³² Isabel Morant, *Historia de las mujeres...*, v. I y II.

tes del liberalismo y de las democracias modernas. Se pone de relieve también la presencia y la participación de las mujeres en estos acontecimientos; pero los trabajos referentes a este periodo se refieren preferentemente a la construcción ideológica de la feminidad, la norma y la conducta moral, el matrimonio o la maternidad, señalando su penetración entre los hombres y las mujeres de las clases medias, intelectuales y políticos, de distintas tendencias. Sin embargo, como señalan las coordinadoras del volumen, hace falta seguir indagando sobre la emergencia de un pensamiento crítico y sobre la acción social y política de las mujeres de las clases medias y de los sectores urbanos más modernos, cuyas figuras han quedado oscurecidas por las potentes imágenes de las mujeres domésticas, del ángel del hogar que se representa como la única forma posible y deseable de identidad femenina.³³

El siglo XX se señala como un periodo de grandes cambios en las vidas de las mujeres. Así se dice en la “Introducción” del volumen IV dedicado a este periodo cronológico:

Si las primeras luces del siglo mostraron una tenue rendija que lo diferencia del constrictor siglo XIX, sus momentos finales flanquearon notablemente la vida de las mujeres. Tal como cuentan las narrativas de este volumen, en todos los países latinoamericanos tuvieron lugar cambios de su condición revelados en los más diversos sistemas relacionales.

En efecto, los estudios que abordan la dinámica de la política y los movimientos sociales y culturales, que se producen, sobre todo, a partir de los años veinte, comprueban el cambio en las vidas de las mujeres, las cuales, ahora más que antes, ejercen como profesionales de la enseñanza, la medicina o el derecho, son pioneras en estos campos, pero ya no son únicas. Los nombres que conocemos han aumentado exponencialmente y sus figuras, representadas en los grabados que acompañan los textos que las describen, son sin duda más modernas. El cambio se nota en los vestidos y también las costumbres parecen más desenvueltas, pero, al mismo tiempo, se descubren las marcas de la feminidad en la moral social o en las relaciones familiares y en las instituciones que se resisten a darles paso. En este contexto se destaca el feminismo, y su historia se cuenta en estudios que abarcan desde los

³³ Dora Barrancos y Gabriela Cano (coords.), *Historia de las mujeres en España y América Latina*, t. III, *Del siglo XIX a los umbrales del XX*, Madrid, Cátedra, 2005, p. 547-556.

momentos iniciales del sufragismo, cuya debilidad es patente en estos países, hasta la emergencia del moderno movimiento de mujeres, en los años setenta. De este periodo se destaca tanto la particularidad de su nacimiento y desarrollo en los países latinos como sus conexiones con el feminismo internacional. Interesa particularmente el estudio del papel político que las mujeres han desempeñado en distintos frentes: en defensa de sus derechos, pero también contra las dictaduras, en favor de las revoluciones y en la construcción de las democracias modernas.³⁴

El balance de la obra, que tomamos de Dora Barrancos, nos permite señalar los puntos débiles que se observan en las investigaciones que se han dedicado a la historia de las mujeres en España y América Latina. Esta autora indica el menor conocimiento que tenemos sobre las mujeres de las clases populares, en relación con lo que sabemos sobre las mujeres de las elites. Se destaca también el menor número de trabajos que se dedican al estudio de la familia; falta notable en España. El matrimonio y la familia, temas privilegiados desde la historia social renovada, aún no han sido suficientemente tratados desde la perspectiva de la historia de las mujeres. Si bien es cierto que se han estudiado la leyes y las costumbres matrimoniales o la composición de las familias, se ha indagado mucho menos sobre las relaciones de poder o sobre los cambios y el papel que tienen los sentimientos en las relaciones de las parejas. La sexualidad es también un tema poco tratado en nuestra obra. Por extraño que parezca, el tema no parece haber interesado particularmente a las feministas, al menos hasta fechas recientes, pero la cuestión parece haber sido retomada a impulso de los estudios de género. También es reciente el interés por masculinidad, de modo que, en la obra que venimos comentando, sólo se le dedica un capítulo en el volumen III. Cabe esperar, sin embargo, que la progresiva pérdida de rigidez que notamos en la formulación del objeto de estudio trabaje a favor de que se amplíen los objetivos de unos estudios que interesen y comprendan también a los hombres.³⁵

En otro orden de cosas, la construcción de la *Historia de las mujeres en España y América Latina* ha permitido estrechar las relaciones entre las dos orillas. Cabe recordar con agradecimiento el papel de las pioneras, en las figuras señeras de Reyna Pastor y Asunción Lavrin. Los

³⁴ *Ibid.*, t. IV, p. 497-508.

³⁵ Isabel Morant, *Historia de las mujeres...*; “Historia de las mujeres...”

contactos se han ampliado y las personas que hemos diseñado y las que han escrito los distintos apartados de las obras —120 autoras y autores— conocemos mejor que antes la práctica y los resultados de la historia de las mujeres en los distintos países. Internet, que nos ayudó en la construcción de la obra, nos permite ahora continuar una comunicación intelectual que nos enriquece. En este sentido quiero referirme particularmente al Coloquio Internacional Mujeres e Historia: Diálogos entre España y América Latina, organizado por la Asociación Española de Investigación en Historia de las Mujeres (AEIHM) celebrado en Bilbao, en noviembre de 2012, bajo la dirección de Pilar Pérez Fuentes y su equipo. El objetivo de este encuentro era “propiciar un espacio de encuentro entre las investigadoras de la historia de las mujeres y de género de España y América Latina que permitiese establecer un diálogo fructífero sobre el estado de los estudios y sus perspectivas de futuro”.³⁶

Este acontecimiento permitió la reunión de las coordinadoras y de muchas de las historiadoras que habían contribuido a la escritura de la historia de las mujeres en España y América Latina. Y resultó un encuentro mágico: al explicar en público el proyecto que habíamos puesto en pie, pudimos valorar nuestra labor como historiadoras, pero también nos percibíamos como usuarias de una historia que nos concierne particularmente, porque los problemas que se plantean, así como los relatos de vida y los análisis que producen en los libros, se refieren particularmente a las mujeres, a las relacionales que mantenemos y a las formas de vida que estamos cambiando. Como se dice en el prólogo a la obra:

El público al que se dirige nuestra historia es aquel que reconoce que las cuestiones desveladas por la historia de las mujeres constituye un saber nuevo y, quizás, más cercano sobre nosotros mismos, un saber relacionado con nuestras vidas y con las relaciones que mantenemos con los demás. Un público que sabe que la historia que aquí se cuenta puede servir para pensar la vida que vivimos.³⁷

Un mes antes de este encuentro viajé a la ciudad de México para participar en el coloquio internacional *Las mujeres en la Nueva España*,

³⁶ Pilar Pérez-Fuentes (ed.), *Entre dos orillas. Las mujeres en la historia de España y América Latina*, Barcelona, Icaria, 2012, p. 7.

³⁷ Isabel Morant, “Mujeres e historia. Los años de la experiencia”, en Virginia Maqueira (ed.), *Democracia, feminismo y universidad*, Madrid, Universidad Autónoma de Madrid, 2005, p. 16.

organizado por el Instituto de Investigaciones Históricas de la Universidad Nacional Autónoma de México. En aquel encuentro, celebrado ente el 22 y el 24 de octubre de 2012, una vez más se puso de relieve el carácter internacional de la historia de las mujeres, así como el interés que despierta, particularmente entre los estudiantes, que llenaron las salas del coloquio. Agradezco sinceramente a sus organizadores, Estela Roselló y Alberto Baena, la oportunidad que me dieron de presentar allí algunos de los episodios vividos en la construcción de la historia de las mujeres y también la posibilidad de ponerlos en forma escrita como una reflexión que nos lleve a conocernos y conocer mejor las preguntas y los enfoques que nos permitan seguir avanzando en las formas de hacer la historia de las mujeres.

FUENTES CONCULTADAS

Bibliografía

- ARESTI, Nerea, *Masculinidades en tela de juicio. Hombres y género en el primer tercio del siglo XX*, Madrid, Cátedra, 2010.
- BARRANCOS, Dora, “Mujeres y género en la historiografía latinoamericana. Balance y perspectivas”, en Pilar Pérez-Fuentes (ed.), *Entre dos orillas. Las mujeres en la historia de España y América Latina*, Barcelona, Icaria, 2012, p. 19-44.
- y Gabriela Cano (coords.), *Historia de las mujeres en España y América Latina*. t. III, *Del siglo XIX a los umbrales del XX*, Madrid, Cátedra, 2005, y IV.
- , *Historia de las mujeres en España y América Latina*, t. IV, *Del siglo XX a los umbrales del XXI*, Madrid, Cátedra, 2005.
- BEAUVOIR, Simone de, *Le deuxième sexe*, 2 v., París, Gallimard, 1949.
- BOCK, Gisela, “La historia de las mujeres y la historia del género: aspectos de un debate internacional”, *Historia Social*, n. 9, 1991, p. 55-77.
- BOLUFER, Mónica, e Isabel Morant, “Identidades vividas, identidades atribuidas”, en Pilar Pérez-Fuentes (ed.), *Entre dos orillas. Las mujeres en la historia de España y América Latina*, Barcelona, Icaria, 2012, p. 317-352.
- BORDERÍAS, Cristina (ed.), *Joan Scott y las políticas de la historia*, Barcelona, Icaria, 2006.
- BURGUERA, Mónica, “La influencia de Joan Scott en la historia contemporánea de España: historia social, género y giro ‘lingüístico’”, en Cristina

- Borderías (ed.), *Joan Scott y las políticas de la Historia*, Barcelona, Icaria, 2006, p. 179-212.
- DUBY, Georges y Michelle Perrot, *Femmes et histoire*, 5 v., París, Plon, 1992 (edición castellana: *Historia de las mujeres*, Barcelona, Taurus, 1993).
- FARGE, Arlette, “Pratique et effets de l’histoire des femmes”, en Michelle Perrot (ed.), *Une histoire des femmes est-elle possible ?*, París, Rivages, 1984, p. 17-36.
- y Michelle Perrot, “Débat”, en Geirges Duby y Michelle Perrot, *Femmes et histoire*, París, Plon, 1992, p. 67-80.
- FERRANTE, Lucía et al. (eds.), *Ragnatele di rapporti. Patronage e reti di relazione nelle storia delle donne*, Turino, Rosenberg & Sellier, 1988.
- FRAISSE, Geneviève, *Musa de la razón. La democracia excluyente y la diferencia de los sexos*, trad. de Alicia H. Puleo, Madrid, Cátedra, 1991.
- , *À côté du genre. Sexe et philosophie de l’égalité*, París, Le Bord de l’Eau, 2010.
- GALSTER, Ingrid (ed.), *Simone de Beauvoir. Le deuxième sexe. Le livre fondateur du féminisme moderne en situation*, París, Honoré Champion, 2004.
- MORANT, Isabel, “El sexo de la historia”, en Ayer, Asociación de Historia Contemporánea/Marcial Pons, Madrid, n. 17, 1995, p. 29-66.
- , “Mujeres e historia. Los años de la experiencia”, en Virginia Maqueira (ed.), *Democracia, feminismo y universidad*, Madrid, Universidad Autónoma de Madrid, 2005, p. 215-225.
- , “La historia de las mujeres en Francia. Análisis comparativo”, en Ana Iriarte y Gloria A. Franco (eds.), *Nuevas rutas para Clío*, Barcelona, Icaria, 2009.
- (coord.), *Historia de las mujeres en España y América Latina*, 4 v., Madrid, Cátedra, 2006.
- , “Histoire des femmes en Espagne et en Amérique Latine”, *Genre et Histoire*, Association Mnénosyrepour le Développement de l’Histoire des Femmes et du Genre, 2011, p. 20-32.
- , “Historia de las mujeres. El debate continúa”, *Arenal. Revista de Historia de las Mujeres*, Universidad de Granada, 2013 (en prensa).
- NASH, Mary (ed.), *Presencia y protagonismo. Aspectos de la historia de la mujer*, Barcelona, Serbal, 1984.
- , “Nuevas dimensiones en la historia de la mujer”, en Mary Nash (ed.), *Presencia y protagonismo. Aspectos de la historia de la mujer*, Barcelona, Serbal, 1984, p. 9-50.
- PÉREZ-FUENTES, Pilar (ed.), *Entre dos orillas. Las mujeres en la historia de España y América Latina*, Barcelona, Icaria, 2012.

- PERROT, Michelle (ed.), *Une histoire des femmes est-elle possible ?*, París, Rivages, 1984.
- , “Introduction”, en Georges Duby y Michelle Perrot, *Femmes et histoire*, 5 v., París, Plon, 1992 (Edición castellana: *Historia de las mujeres*, Barcelona, Taurus, 1993).
- , “Escribir la historia de las mujeres. La experiencia francesa”, *Ayer*, Madrid, n. 17, 1995, p. 67-84.
- POMATA, Giovanna, “Histoire des femmes, histoire de genre”, en Georges Duby y Michelle Perrot, *Femmes et histoire*, París, Plon, 1992, p. 25-37.
- SCOTT, Joan W., “El género: una categoría útil para el análisis histórico”, en J. Amelang y Mary Nash (eds.), *Historia y género. Las mujeres en la Europa moderna y contemporánea*, Valencia, Alfons el Magnànim, 1990, p. 23-58.
- , “Historia de las mujeres”, en Peter Burke (ed.), *Formas de hacer historia*, trad. de José Luis Gil Aristu, Madrid, Alianza, 1993, p. 83-99.
- , *La citoyenne paradoxale. Les féministes françaises et les droits de l’homme*, París, Albin Michel, 1998.
- , *Género e historia*, México, Fondo de Cultura Económica/Universidad Autónoma de la Ciudad de México, 2008.
- SOHN, Anne-Marie y Françoise Thélamon (coords.), *L’Histoire sans les femmes est-elle possible ?*, Perrin, 1998.
- THÉBAUD, Françoise, *Écrire l’histoire des femmes*, Lyon /Ecole Normale Supérieure de Lyon Editions, 1998.
- , “Género e historia en Francia: los usos de un término y de una categoría de análisis”, en G. Gómez-Ferrer, y G. Nielfa, (coords.), *Mujeres, hombres, historia*, Madrid, *Cuadernos de Historia Contemporánea*, 2006, v. 28, p. 41-56.
- TUBERT, Silvia (ed.), *Del sexo al género. Los equívocos de un concepto*, Madrid, Cátedra, 2003.
- VALCÁRCEL, Amelia, *Feminismo en el mundo global*, Madrid, Cátedra, 2008.
- DAUPHIN, Cécile *et al.*, “Culture et pouvoir des femmes. Essai d’historiographie”, *Annales*, marzo-abril de 1986, p. 271-293. (Edición en castellano: Farge, Arlette, «La historia de las mujeres. Cultura y poder de las mujeres. Ensayo de historiografía», *Historia Social*, n. 9, 1991, p. 79-102.
- DUFRENCATEL, Christiane *et al.*, *L’histoire sans qualités*, París, Galilée, 1979.